



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE MAYO DE 2026

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

¡Madre mía!

UN ÁNGEL EN EL CIELO
OLGA DE LEÓN G.

¿Habrá un día en particular -solo uno que- unánimemente todas las personas, sin importar nacionalidad, ideología e idiosincrasia, ni el nivel cultural o económico al que pertenezcan, respeten y festejen más que cualquier otro de todos los días -patrios y religiosos o conmemorativos-, de los que existen en el mundo? Pienso que sí; y ese es: el Día de las Madres.

Si le quitamos el romanticismo que rodea a las madres, entendiendo que ciertamente no todas las mujeres deberían serlo, y entendemos que no todas aquellas que no lo pueden ser por razones biológicas u otras, no necesariamente carecen de esa capacidad de dar amor y protección, sino todo lo contrario: muchas sí deberían serlo, y en algunos casos lo son, porque su sensibilidad y predisposición de espíritu así se los dicta.

¿Qué significa ser madre? ¿Qué es lo que hace que una mujer pueda ser reconocida como madre, además obviamente de la maternidad? ¿Acaso llevará una estrella en la frente o una estela de luz que la envuelve, como si fuera su aura?

En teoría, a la madre se la ama y respeta por encima de cualquier otro ser humano o ente real o imaginario. Pero, la realidad muchas veces es otra: existen madres olvidadas, abandonadas, injuriadas, golpeadas y ofendidas, hasta por sus mismos hijos, quizás debería decir -para tales casos- "engendros"; pero, estaría ofendiendo doblemente a esas madres despreciadas y maltratadas, porque qué culpa tienen ellas de haber traído al mundo hijos no gratos. Y, si analizamos algunos casos, tal vez nos encontremos con que tales hijos -en ciertas ocasiones- son producto de las enseñanzas aprendidas en el propio hogar: de un padre prepotente y de una madre demasiado tolerante...

No lo sé, sé tan poco de este y otros asuntos, que apenas si voy razonando en el camino de las líneas que voy escribiendo. Y ante la reflexión, me surgen varias preguntas: ¿Qué tan buena hija fui? Lo fui realmente... Ya no vive mi adorable madre, para que pudiera responderme... murió demasiado pronto. Y yo, ¿habré sido la excelente madre que quise ser, o me quedé en el esbozo? Quizás debiera preguntarles a mis hijos, ahora adultos. Tengo un poco de temor de hacerlo, por aquello de que esté, no solo un poco, sino muy equivocada. Mejor así lo dejo: me quedo con la duda. O la ilusión de que sí soy y fui una madre, algo más que buena. Siendo la hija mayor de seis hermanos, tuve un poco de entrenamiento con mis hermanitos menores.

Pero bueno, esto ya está muy intrincado y mi idea era crear un cuento. Trataré de cumplir:

Hace mucho tiempo, en un lugar desconocido para la mayoría de la gente, vivía en lo más espeso del bosque una familia, formada por siete hijos, y el padre y la madre. No tenían muchas propiedades ni bienes, pero como decía la madre: nos tenemos a nosotros mis-



mos: ¡eso es un tesoro!

El padre, con la ayuda de los dos hijos mayores, colectaba troncos y ramas gruesas sin follaje, para subir todo en la parte trasera de su troca. Cuando la llenaban, partían hacia la ciudad y en las madererías vendían todo. Allí convertían en muebles aquellos troncos de pinos y cedro

Cierto día fueron en busca de troncos hacia otro lado, donde crecían los árboles más altos y se daban las maderas más finas. Necesitaban más manos que ayudaran a juntar y subir, a la troca, los troncos que iban cortando, de modo que tuvieron que hacerse de las manos de otros dos de los hermanos y de las de la madre.

La noche anterior a su salida, la madre no durmió, con el fin de preparar suficiente comida. Saldrían cuatro hijos varones y los dos padres. El resto se quedaría al cuidado de la casa.

Llevaban las provisiones necesarias. Al final del primer día fueron bendecidos, pues pudieron vender todo y obtener un buen fondo de dinero. Pero, he aquí que la troca se descompuso a mitad del camino de regreso. La preocupación invadió a los padres. ¿Qué podían hacer? Uno tendría que regresar a la ciudad para buscar ayuda. El padre se hizo acompañar de uno de los hijos mayores. La mamá regresaría a casa. Así, los pequeños no se asustarían por estar solos más de lo planeado. Así que ella instruyó a los que se quedarían en la troca, a la espera de su padre, dejándolos con su bendición. Empezó la caminata. Mas, de pronto, se fue elevando sola en el aire, sin que nada, ni nadie, la sostuviera. Y así, volando, llegó a su casa. Ella no se dio cuenta de que volaba, hasta que elevó una oración al cielo...Y el viento la escuchó. Esa noche, corrió el rumor de que habían visto volando a un ángel.

LA ENCABRITADA RAZÓN
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El Nuevo Orden Político Internacional surgió durante el último año, convocó a los Zenthari: seres visionarios capaces de moldear materia, espacio y emoción a

través de la creación. El objetivo era hacer realidad el Mundo de Dios: construir un planeta lleno de comodidades, donde el selecto grupo de los Thariens pudiera también disfrutar de los placeres que ofrecía el Universo, con toda su diversidad.

Pensaron en placeres físicos básicos (comer y beber, entre otros), placeres físicos del cuerpo (ejercicio, deportes); placeres emocionales (sensaciones de bienestar a través de sentimientos como el amor, la felicidad y la conexión íntima con otras personas: familia y grupos pequeños de amigos); conexiones institucionales (el matrimonio, la empresa, la relación entre sector público y privado), placeres intelectuales (adquisición de nuevos conocimientos, resolución de problemas, lectura, entendimiento del mundo y el Universo, y satisfacción de curiosidades); placeres psíquicos (mentales, recuerdos agradables, imaginación de situaciones placenteras); placeres intelectuales o contemplativos (conexión con uno mismo, con la realidad, meditación, apreciación de la belleza, música, artes); seguridad de vida (salud, trabajo y desempleo), y placeres sociales (interacción y compañía de otras personas, reuniones, celebraciones, compañía grande de amigos); entre otros.

Los Zenthari, encargados de diseñar el Mundo más agradable de Dios en el planeta, pensaron que era conveniente el uso de políticas públicas para la innovación de estructuras que pudieran dirigir a Portal por ese camino. No se trataba, en ese momento ni únicamente, de cambiar la vida económica, sino la vida privada de los Thariens, (el modelo a seguir); esa era la vida que debía rediseñarse. Quizás habría una jornada laboral más breve, apoyada por nuevas inteligencias, pero lo que era fundamental era mejorar las experiencias de vida que fueran factibles en Portal.

El mundo de Portal estaba constituido en seis regiones similares entre sí. Y el equivalente en su hermana Tierra, eran las siguientes: Norte Global Occidental y América Latina; Europa Oriental y Asia Central; Sudeste Asiático y Pacífico Insular; África Subsahariana en

Desarrollo; Medio Oriente y Norte de África; y Regiones Árticas y Escasamente Pobladas. La vida sería más o menos homogénea dentro de cada región, pero con variantes culturales e influidas por la historia.

En el planeta de Portal, (donde la luz no se comporta como onda ni partícula sino como memoria líquida), los Thariens eran criaturas de belleza imaginada, diseñadas por la simetría fractal del Renacimiento.

Sus cuerpos no tenían piel común, sino una membrana de filamentos biofotónicos que vibraban con el pulso del tiempo. Cada Tharien era una arquitectura de ADN visible, como si sus genes fueran vitrales suspendidos en el aire, reconfigurándose con cada ciclo vital. Nacían del polvo de proteínas ancestrales, crecían como espirales de luz y morían en un estallido de enzimas que germinaban en su próxima forma.

Sus ojos, más que ojos, eran cúmulos de ribosomas flotantes, capaces de traducir emociones en secuencias de aminoácidos. No miraban: interpretaban. No observaban: descifraban. Cada mirada: una síntesis proteica que alteraba el entorno, como si el mundo respondiera a su percepción.

En sus extremidades circulaban ramas de microtúbulos que se extendían y retraían según la gravedad emocional del momento. Caminaban sobre campos de magnetismo afectivo, dejando huellas que eran poemas codificados en histonas.

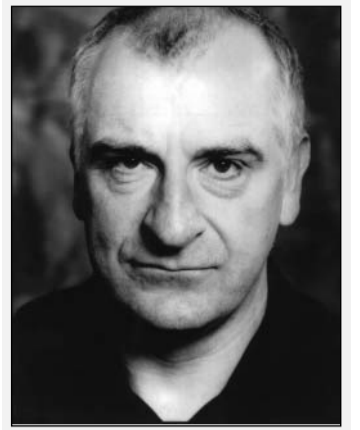
Su columna vertebral era una hélice triple, no doble, una anomalía que les permitía recordar vidas pasadas como si fueran archivos comprimidos en sus núcleos celulares. Cada renacimiento no era repetición, sino variación: una mutación estética que los volvía más complejos, ambiguos y más hermosos.

Algunos tenían órganos que emitían luz coherente, como láseres de nostalgia. Otros exhalaban neblina de neurotransmisores, alterando la conciencia de quien los contemplaba. Todos poseían una glándula de transfiguración: una estructura cuántica que les permitía elegir su forma futura, como quien elige un sueño antes de dormir.

Los Thariens no temían a la muerte. La muerte era su crisálida. Y en cada renacer, llevaban consigo fragmentos de sus errores, sus amores y mitologías. Eran belleza y creatividad, como la que habita en los códices olvidados, en las secuencias genéticas que nunca fueron activadas, en los sueños que la biología aún no ha tenido.

La vida de los Thariens había sido muy limitada en otro sentido: estaban bloqueados para alcanzar el éxito, si el éxito se medía en términos de lo que los No-Thariens consideraban tener éxito: renombre y dinero. No dejaban huella visible en la historia de Portal. Pero las nuevas reformas eliminaban esta restricción para el futuro, pudiendo alcanzar fama internacional y un nombre en grabado en la historia, durante, a lo sumo, una de cada dos vidas futuras.

La noticia llegó a oídos de Tanthos, último cartógrafo de realidades discontinuas, quien dijo: "Derrámese la sangre de la Antigua Conspiración".



Douglas Adams

Douglas Adams (nacido el 11 de marzo de 1952 en Cambridge, Inglaterra - fallecido el 11 de mayo de 2001 en Santa Bárbara, California, Estados Unidos) fue un escritor de cómics británico cuyas obras satirizan la vida contemporánea a través de un protagonista desafortunado que lidia ineptamente con las fuerzas sociales más allá de su control. Adams es mejor conocido por la serie de ciencia ficción conocida colectivamente como The Hitchhiker's Guide to the Galaxy.

Adams recibió una maestría (1974) en literatura inglesa de la Universidad de Cambridge, donde escribió sketches de comedia para la sociedad de artes escénicas. Fue escritor y editor de guiones para la serie de televisión Doctor Who y escribió guiones para la British Broadcasting Corporation de 1978 a 1980.

La serie Guía del autoestopista es una parodia épica que satiriza a la sociedad moderna con un humor mordaz y pesimismo. El trabajo alcanzó una gran popularidad, primero como una serie de 12 partes en la radio en 1978-80 y luego en una serie de 5 libros que vendió más de 14 millones de copias a nivel internacional. Los libros de la serie son La guía del autoestopista galáctico (1979), El restaurante al final del universo (1980), La vida, el universo y todo (1982), Hasta siempre y gracias por todos los peces (1985) y Mayormente inofensivo (1992). La Guía del autoestopista fue adaptada para la televisión, el teatro y el cine y se utilizó como base de un programa informático interactivo.

Adams satirizó el género de las historias de detectives con Dirk Gently's Holistic Detective Agency (1987) y The Long Dark Tea-Time of the Soul (1988). Otras obras incluyen The Meaning of Liff (con John Lloyd; 1983), The Utterly Utterly Merry Comic Relief Christmas Book (coeditor, con Peter Fincham; 1986), y Last Chance to See... (con Mark Carwardine; 1990), una serie de radio también publicada en 1990 como un libro de no ficción.

Elmer Mendoza

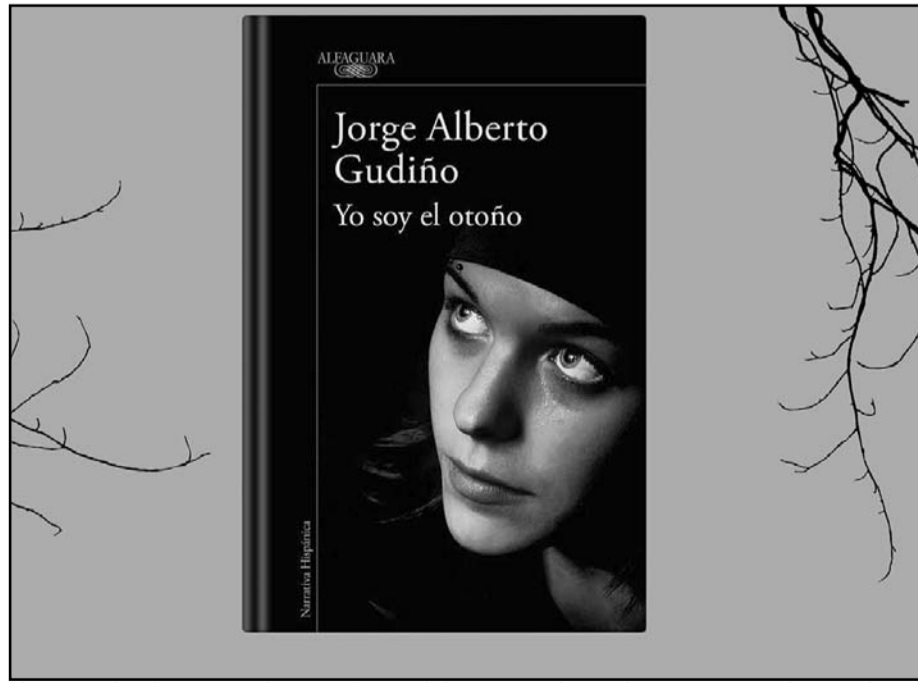
Yo soy el otoño, de Jorge Alberto Gudiño

¿Deseaba usted leer una novela de esas que mantienen al máximo la emoción? Pues aquí la tiene. "La vida no es sino una sucesión interminable de decisiones imposibles", expresa Jorge Alberto Gudiño en su novela más reciente, Yo soy el otoño, publicada por Alfaguara del grupo Penguin Random House, en México en febrero de 2025. ¿Y saben por qué lo dice? Porque sus personajes viven al límite. Elvira, Santos, doña Bertha, Tito, el Señor, Galindo, Kosaya, y sobre todo Macarena y Juriel, cuyos límites son más frágiles y sumamente peligrosos. Esa gente juega a vivir, y hacerlo implica justamente tomar decisiones imposibles. Ya lo percibirán.

La historia transcurre en un lugar conocido como la Barranca, aunque tiene nombre de santa. Las personas que habitan el lugar, un pequeño barrio de viviendas apeñuscadas, son muy pobres y los jóvenes se dedican al narcomenudeo o al sicariato. No abrigan esperanzas de mejorar porque constantemente alguien muere. Desde el principio de Yo soy el otoño queda claro el escabroso universo en que se desarrolla esta novela. Santos y Juriel escapan por los pelos de un ataque en el que matan a sus compañeros Tito, el

Racemo y Eusebio. Tito y Santos son hermanos. Doña Bertha, la madre de ellos, le pide a Santos que se vengue. Eso implica a Juriel, a quien conoceremos de cerca, porque él tiene sus propios motivos para seguir en el lugar, a pesar de que no es el sitio donde le gustaría estar siempre. Dicen que la venganza es un plato que se come frío, pero aquí está realmente congelado. Juriel está enamorado de Macarena, pero ella es la chica de Tito, ¿saben qué hace la chica cuando matan a Tito? Una joven que le gusta bailar pero que el color de su alma no es blanco.

Santos necesita tratar con el Señor para llevar a cabo su venganza, "no existe peor virulencia que la generada por la ilusión", y Juriel ha aplazado un encuentro con el jefe máximo, que sospecha tuvo que ver con la muerte de su padre, de quien tiene magníficos recuerdos, un hombre abandonado por su esposa, que deseaba que su hijo fuera a la escuela y estudiara una profesión, pero lo mataron. Y Juriel conoció a Macarena en la escuela. Dicen que recordar es vivir, pero revivir algunos recuerdos puede traer revelaciones y definiciones inesperadas. "No todos los pasados son memo-



ria", señala el autor, y tiene razón. Juriel vive solo, pero su calle no es territorio seguro, de manera que cada movimiento que realiza es en alerta máxima.

¿Cómo consigue Jorge Alberto Gudiño mantenernos en vilo? Como escribió Sabines, "Yo no lo sé de cierto, pero supongo..." que cuidó al extremo cada palabra, cada frase, cada capítulo. Porque se siente una unidad muy potente y un ritmo sostenido que mantiene la emoción creciendo hasta crear una sensación que nos atrapa por completo, también es querer saber que ocurre en la siguiente página, pretender sentir el des-

garramiento de unos personajes a quienes no les importa que llegue el nuevo día. O la nueva noche. Es una novela completamente emocional, desde la primera frase, "Los mataron a todos", hasta la última atmósfera donde usted se convierte en testigo de un punto final que es una nota muy larga, de una canción que habla de una pareja que sufre porque no lo merece, una pareja que no sabe que "cuando se abandonan las esperanzas, se puede comenzar a ser feliz". Un colofón para que usted reflexione en dónde colocar su ciudad, o el barrio donde vive. ¡Felicidades a las madres lectoras!

ad pédem literae

Hay dos clases de hombres: quienes hacen la historia y quienes la padecen

Camilo José Cela

Letras de buen humor

No es lo mismo estar dormido que estar durmiendo, porque no es lo mismo estar jodido que estar jodiendo.

Camilo José Cela